

15 de Julio de 1906.

Año III. N.° 62.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.

Refugio de un criminal.—Encubridoras.—Procediendo la Benemérita á su captura.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Arsenio Lupín logra por segunda vez evadirse de la prisión, pero en circunstancias tan extraordinarias que llegan á la inverosimilitud, pues el célebre inspector Ganimard, que tan bien lo conocía, fué el que influyó para que los jueces le pusieran en libertad.

Los guardianes ¿habían cometido un error? Engañados por la semejanza, ¿habían, en un momento de descuído, sustituído el prisionero por este hombre?

La sustitución ¿había sido combinada de antemano? No se podía creer, pues la disposición de los lugares hacía la cosa casi imposible; era necesario en este caso que Baudru fuese un cómplice y se hubiese hecho prender con el fin preciso de ocupar el lugar de Arsenio Lupin. Pero entonces, ¿por qué milagro se había fraguado tal plan, únicamente fundado sobre una serie de encuentros fortuitos y errores fabulosos?

Era preciso hacer pasar á Dèsirè Baudru al gabinete antropométrico; hecho esto, se vió que ninguna ficha coincidía con la suya. Del resto, sí se hallaron sus huellas. En Courbevoie, en Asnières, en Levallois, era conocido. Vivía de la limosna y se acostaba en una de esas chozas de traperos que se amontonan detrás de Ternes. Hacía un año que había desaparecido.

¿Habría sido reclutado por Arsenio Lupin? Nada autorizaba á creerlo. Y aun cuando así hubiera sido, nada se sabía de la evasión. El prodigio subsistía lo mismo. De las muchas hipótesis que se hacían para explicarlo, ninguna era satisfactoria. Que la evasión se había efectuado no cabía duda; pero una evasión incomprensible, impresionante, en la que el público, lo mismo que la justicia, veían los efectos de una preparación

larga, de un conjunto de actos maravillosamente entrelazados los unos con los otros y en los que el éxito justificaba el orgulloso pronóstico de Arsenio Lupin: «Yo no asistiré á mi juicio».

Al cabo de un mes de minuciosas pesquisas, el enigma se presentaba con los mismos caracteres indescifrables. No se podía retener más tiempo á ese pobre diablo de Baudru. Su proceso estaba siendo ridículo: ¿qué cargos había contra él? El juez de instrucción decretó su libertad; pero el director de la cárcel resolvió establecer á su alrededor una gran vigilancia.

La idea venía de Ganimard. A su manera de ver, ni había complicidad, ni casualidad. Baudru era un instrumento con el que Arsenio Lupin había jugado con su extraordinaria habilidad. Baudru en libertad, iría á reunirse á Arsenio Lupin ó por lo menos á alguno de su banda.

Le adjudicaron á Ganimard los dos inspectores Folenfoux y Dieuzy, y una mañana de invierno, con tiempo brumoso, Baudru fué puesto en libertad.

Atraviesa el Sena. En el Chatelet el ómnibus le alcanza, quiere subir, pero no hay asiento. Un empleado le aconseja tomar billete y entra en la sala de espera.

En este momento, Ganimard llama á sus dos hombres y sin quitar la vista del despacho, les dice:

—Buscadme un coche; no, dos es más prudente. Iré con uno de vosotros y le seguiremos.

Los agentes obedecen. Baudru, sin embargo, no sale. Ganimard se asoma y ve la sala vacía.

—¡Qué idiota soy!—exclama.—He olvidado la segunda salida.

El despacho comunica, en efecto, por un pasadizo con el de la calle de Saint-Martin. Ganimard avanza. Llega á tiempo de ver á Baudru sobre el imperial del Batignoles-Jardin des Plantes, que vuelve la calle del Rívoli. Corre y coge el ómnibus, pero había perdido á sus agentes; tiene que continuar solo la persecución.

En su enfado, está á punto de cogerle por el cuello sin más formalidades. ¿Le había separado de sus agentes aquel imbécil, con premeditación y gran astucia?

Mira á Baudru, que dormitaba sobre su asiento, balanceando la cabeza de derecha á izquierda, la boca entreabierta y un gesto de extremada bobería. No, ese no era un adversario capaz de arrollar al viejo Ganimard; la casualidad le había servido y nada más.

En la encrucijada de las Galerías Lafayette, el hombre salta del ómnibus al tranvía de la Muette. Sigue por el boulevard Hausmann, la avenida Víctor Hugo. Baudru desciende delante de la estación de la Muette y con paso perezoso, se interna en el bosque de Bologne.

Va de un lado á otro, vuelve sobre sus pasos, se aleja. ¿Qué busca? ¿Llevaría algun fin?

Después de una hora de esta faena, demuestra cansancio y fatiga, divisa un banco, va á él y se sienta. El sitio, no lejos de Auteuil, al borde de un pequeño lago, y cubierto de árboles, está completamente desierto. Pasa media hora, al cabo de la cual Ganimard se impacienta y resuelve ir á entablar conversación.

Se aproxima y toma asiento al lado de Baudru. Enciende un cigarro, traza círculos sobre la arena con la punta de su bastón y dice:

—Hoy no hace calor.

Hay un pequeño silencio, durante el cual suena una explosión de risa retenida; pero una risa joven, dichosa, la risa de un niño á quien se le prohibe reir y no puede contenerse más. Realmente, Ganimard siente que sus cabellos se erizan. ¡Aquella era la risa infernal que tan bien conocía!...

Con ademán brusco coge al hombre por las solapas de su chaqueta y le mira profunda y violentamente. ¡Este hombre era al mismo tiempo el otro, el verdadero!

Auxiliado por una voluntad cómplice, le encuentra la vida ardiente de sus ojos, apercibe la carne real bajo la epidermis, la boca real al través del gesto que la deformaba. ¡Y eran los ojos del otro, la boca del otro, era su expresión aguda, viva, bulliciosa, joven!

—Arsenio Lupin, Arsenio Lupin - exclamaba Ganimard.

Y súbitamente, con gran coraje, le agarra de la garganta é intenta echarle al suelo. A pesar de sus cincuenta años, tiene todavía un vigor poco común; su adversario está en malas condiciones.

La lucha fué corta. Arsenio Lupin se defendía con fatiga y tan prontamente como le había atacado, Ganimard le suelta. Su brazo derecho cae inerte, entorpecido.

—Si hubiese usted aprendido el *jiu-jitsu*—le dice Lupin—, sabría que ese golpe se llama en japonés *udi shi-ghi*.

Y prosigue fríamente:

—Un segundo más, y le hubiese roto el brazo y era lo que usted se merecía. De modo que usted, un antiguo amigo mío, que yo estimo, antes de romper espóntaneamente mi incógnito, ha abusado de mi confianza. Eso no está bien... Pero vamos á á ver... ¿Qué quiere usted?

Ganimard calla. De esta evasión se juzgaba responsable, puesto que él había inducido á la justicia á ponerle en libertad. Esta evasión manchaba su brillante carrera. Dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Eh, Dios mío, Ganimard! No sea usted tan sensible. Si usted no hubiera hablado, yo me las habría compuesto para que otro lo hiciese Veamos, ¿puede usted admitir que se condene á Baudru Dèsirè?

—Entonces—murmura Ganimard—, ¿es usted el que estaba allí? ¡Es usted aquél!

—Yo, únicamente yo.

—¿Es posible?

—¡Oh! No es preciso ser hechicero. Basta, como ha dicho ese bravo presidente, prepararse durante doce años para estar hecho á todas las eventualidades.

—Pero... los ojos... el rostro...

—Comprenda usted que si he trabajado seis años en Saint-Louis, con el doctor Altier, no era por amor al arte. Yo pensé que aquel que tuviese un día el honor de llamarse Arsenio Lupin, debía sustraerse á las leyes ordinarias de apariencia é identidad. Aprendí, por diversos procedimientos, que con ciertas inyecciones, podía transformarme el rostro, el color, la expresión de los ojos y provocar en poco tiempo la salida del cabello y barba. Además, dos meses en la celda repitiendo mil veces los mismos ejercicios para quitar á mi boca su rectitud, para llevar la cabeza inclinada de cierta manera, para dar á mi espalda esta curva... En fin, cinco gotas de cierta substancia en los ojos para ponerlos huraños, y ahí lo tiene usted todo.

—No concibo cómo los guardianes...

—La metamorfosis ha sido progresiva. Ellos no han podido notar el pequeño cambio diario.

—Pero, ¿y Baudru Dèsirè?

—Baudru existe. Es un pobre inocente, que encontré el año pasado, y que, verdaderamente, tiene un poco parecido conmigo. En previsión de que lo prendieran, lo he puesto en seguridad y ahora me dedicaré á estudiar las facciones que no se me parecen, para arreglarlas en lo posible. Mis amigos le hicieron pasar una noche al Depósito, de manera que tuviera que salir precisamente á la misma hora que yo, y la coincidencia está justificada.

—Sí, sí, en efecto—murmura Ganimard.

—Y después—continúa Arsenio Lupin—, yo tenía entre las manos un triunfo formidable, una tarjeta maquinada por mí, después de mi debut; la atención de todo el mundo estaba en mi evasión. Comprenda usted que para evadirme... sin evadirme, era preciso que se creyese anteriormente en esta evasión como en un artículo de fe, con una convicción absoluta, como en una verdad brillante como el sol. Y esto se hizo por mi voluntad. Arsenio Lupin se escaparía. Arsenio Lupin no asistiría á la vista de su juicio. Y cuando usted se levantó para decir: «Este hombre no es Arsenio Lupin», es cuando todo el mundo ha creído que *yo, no era yo*. Si una sola persona hubiera dudado, si alguno hubiese emitido este juicio: «¿Y si es Arsenio?», yo me hubiera perdido. Bastaba haberme mirado, no con la idea de que yo no era Arsenio Lupin, como usted y los demás han hecho, sino con la idea de que sí era, y á pesar de mis precauciones, se me habría reconocido. Pero estoy tranquilo. Lógica, psicológicamente, nadie podía tener esa idea.

Arsenio Lupin vuelve á su vida elegante.

—Vamos, Ganimard, ¿confiesa usted que ocho días después de nuestra entrevista en la prisión, me recibió en su casa á las cuatro, como le había prometido?

—¿Y el coche penitenciario?—dice Ganimard rehusando responder.

—Esos son mis amigos, que han quitado y substituído ese

coche viejo, fuera de uso, queriendo intentar el golpe. Pero yo lo juzgaba impracticable sin un concurso de circunstancias excepcionales. Solamente hallé útil procurar la evasión y darle la mayor publicidad posible. Una primera evasión audazmente combinada, da á una segunda mucho más valor.

—¿De suerte que el cigarro?

—Creado por mí, así como el cuchillo.

—¿Y los billetes?

—Escritos por mí.

—¿Y la misteriosa corresponsal?

—Ella y yo somos uno mismo. Tengo todos los escritos á voluntad.

Ganimard reflexiona un instante y dice:

—¿Cómo se explica, entonces, que en el servicio antropométrico, al sacar la ficha de Baudru, no se ha notado que coincidía con la de Arsenio Lupin?

—Sencillamente: á mi regreso de América, uno de los empleados en el gabinete anotaba una falsa medida en mi medición, y como usted sabe, esto basta para que cambien todas; por consiguiente, la ficha de Baudru no podía coincidir con la de Arsenio Lupin.

Después de un corto silencio, Ganimard pregunta:

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Ahora - exclama Lupin—, voy á reposar, á seguir un régimen de alimentación y poco á poco volveré á ser quien era. Es muy grato poder ser Baudru ú otro cualquiera, cambiar de personalidad como de camisa, y adoptar su voz, su apariencia, su mirada y su letra. Pero llega uno á no conocerse, y eso es ya algo triste. Actualmente represento al hombre que ha perdido su sombra. Ahora, iré á buscarme... y me encontraré.

Se pasea de cuando en cuando y viendo que anochece, se para delante de Ganimard:

—Creo que no tenemos nada más que decirnos.

—Sí – responde el inspector—, quiero saber si revelará usted la verdad sobre su evasión... El error que he cometido.

—¡Oh! nadie sabrá jamás que Arsenio Lupin es el que ha sido puesto en libertad. Tengo demasiado interés en acumular á mi alrededor las tinieblas más misteriosas, para que dé á conocer el carácter milagroso de esta evasión. Creedme, mi buen amigo, y adiós. Cómo en la villa esta tarde y no tengo más que el tiempo preciso para vestirme.

—¡Y pensaba dedicarse al descanso!

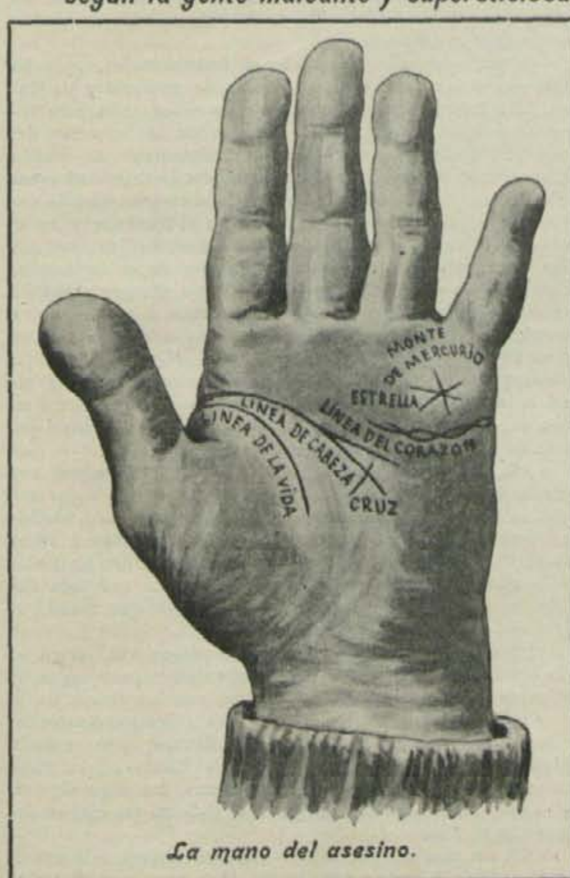
—¡Ved ahí! Tiene uno obligaciones con el gran mundo, á las cuales no se puede sustraer. El descanso empezará mañana.

—Entonces, ¿dónde come usted?

—En la embajada de Inglaterra.

(Del *Jai sais tout.*) *(Continuará.)*

La nigromancia de las manos, según la gente maleante y supersticiosa.



La mano del asesino.

Dedos cortos, torcidos y un pulgar en bola, horrorosamente revelador Pocas líneas, y el aplanamiento completo de todos los montes. La línea de la vida es corta: cadalso ó cárcel. La línea de cabeza es igualmente corta y termina en horquilla, esto indica la doblez y el crimen. La cruz marcada en el plano de Marte anuncia que el crimen tendrá su castigo. La línea de corazón, muy corta, revela la crueldad.

El monte de Mercurio, muy prominente, lleva una estrella, y la primera falange del dedo pequeño lleva también otra estrella: esto indica que este asesino será un ladrón vulgar.

Los microbios ¿policías de la humanidad?

Reflexionando algunas veces sobre los estragos que en el linaje humano causan esos seres microscópicos que germinan en nuestro organismo y traidoramente le atacan, le minan y destruyen, nos hemos preguntado si en realidad no obran como verdaderos criminales que se vuelven contra aquello mismo que les da vida, llevando el infortunio á quien les proporcionó generoso albergue.

Mas, lejos de venir á estas conclusiones, hemos ido á parar á otras muy distintas.

Experiencias repetidamente hechas han demostrado que el microbio resiste las más bajas temperaturas; por medio del aire líquido se ha llegado á obtener la de 190 grados bajo cero; dentro de ella, los agentes transmisores de la tuberculosis y de la fiebre tifoidea han permanecido insensibles á frío tan extremado, manteniendo todo su vigor virulento, del cual no han sufrido la menor pérdida.

No ya el hombre, cualquier otro ser orgánico hubiera sucumbido; y ante este hecho sería cosa de preguntar por qué la Providencia ha dotado á estos elementos tan perjudiciales de una inmunidad negada al hombre, soberano de la creación.

Imposible responder á esta pregunta sin recurrir á los optimismos del buen doctor Pangloss, el cual hubiera dicho quizá:

—La Providencia, como siempre, ha obrado cuerdamente en busca del mayor bien. Habiendo dado al hombre la inteligencia, y con ella el medio de sustraerse á las temperaturas excesivas, no ha tenido necesidad de aplicarle el tratamiento de favor aplicado á los microbios.

—Pero éstos son perjudiciales: destruyen, y por tal causa podrían desaparecer sin inconveniente—nos permitimos replicar.

—Nada de cuanto ha sido creado—agregaría Pangloss—, debe desaparecer; todo tiene un fin útil. Si los microbios, *que atacan con preferencia los organismos débiles, no existieran para operar esa selección*, la raza humana degeneraría rápidamente, porque los organismos, incapaces para la resistencia, producirían otros en igualdad de condiciones. *El microbio sirve, pues, para la conservación de la especie*, demostrándose así, una vez más, que todo es para lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

¿Habremos de rendirnos á estas reflexiones, y tendremos que proclamar que lo que causa nuestra muerte ama entrañablemente nuestra vida?

Gonzalo González de la Gonzalera.



Esteban, José y el apóstol se alejaron juntos, y José, después de acompañarlos hasta el puente de Triana, se separó de ellos; y volviéndose hacia el alguacil que les había seguido á alguna distancia, le dijo:

—Coco, vigila con cuidado todos los pasos de don Esteban de Vargas, y sean cuales fueren ven á decírmelos al momento.

—Reverendo padre...—respondió Coco titubeando—, sin duda lo queréis así por bien suyo, porque es un amigo del apóstol...

—Tranquilízate; ¿acaso he hecho yo jamás mal á nadie?

—¡Oh! vos sois bueno como un ángel—respondió el alguacil—; haré todo cuanto vuestra reverencia quiera.

XIV

El puerto de Despeñaperros.

Acababa de salir el sol, y sus primeros rayos, de un pálido amarillo, mezclado de rosa, matizaban con sus cambiantes reflejos la ligera niebla que aun cubría las cimas de Sierra Morena, cual millares de lentejuelas brillantes esparcidas sobre un velo de gasa blanca.

Dos viajeros seguían lentamente un camino árido, cortado en la ladera de las montañas, tan estrecho algunas veces, que apenas parecía posible que una cabra pudiese poner sus pies, y las más veces volando sobre horrorosos precipicios, cuya anchurosa profundidad daba vértigos. Algunos pinos achaparrados y esparcidos unían su triste verdor á la tinta granítica de las rocas, ó bien, por un caprichoso contraste, se elevaba un agavanzo cubierto de rosas en la pendiente de los precipicios cuya vertiginosa profundidad no osaba medir la vista. Los viajeros llegados á la sazón á una de las cimas más altas de Sierra Morena se volvieron hacia oriente, y el sol alumbró de lleno sus rostros.

El más viejo de los dos no pasaba de treinta años; pero su frente era tan grave, estaba tan impresa en ella la dulce austeridad que brilló en el rostro del Hombre Dios, que á primera vista se le creyera hombre de edad avanzada.

Mirándole atentamente, veíase que los laboriosos desvelos, el desprecio de las cosas terrestres y el hábito de la meditación habían marcado con un sello de profundidad y de sabiduría la fisonomía de este hombre, que vestía el humilde hábito de franciscano.

El otro viajero, mucho más joven, pues contaba á lo más veinte años, ofrecía con su compañero un contraste tanto más notable, cuanto que, aunque distintos en fisonomía, en costumbres y en carácter, se tocaban, sin embargo, por un punto único que aproximara constantemente á los hombres aun más divididos en opiniones y pensamientos, y este punto era la igual lealtad de carácter. Además, profesaba la misma doctrina, y si las inclinaciones del uno propendían muchas veces hacia lado contrario á las del otro, á lo menos obraban siempre con el mismo objeto y para la misma causa.

Acababan de trepar por el puerto de Despeñaperros, que es una de las cumbres más elevadas de aquella alta y escabrosa cordillera llamada Sierra Morena.

—Allí está el término de nuestro viaje—dijo repentinamente el religioso extendiendo la mano al horizonte, hacia un punto donde sólo el pensamiento podía alcanzar, porque se perdía en el espacio.

—¡Dios mío!—exclamó dolorosamente el joven—¿llegaremos á tiempo?... y, sobre todo, ¿conseguiremos conmover el corazón del rey?

—Tened confianza—respondió el religioso—; ¿por qué os afligís de antemano por una cosa incierta? La impetuosidad siempre perjudica el buen éxito de las empresas; sólo con la calma se consigue todo. El gran secreto de la vida es saber aguardar, y no hacer del porvenir incierto un tormento positivo para lo presente. El alma se fatiga y enerva con estos temores continuos, con estas inquietudes prematuras. El hombre fuerte aguarda á pie firme los acontecimientos sin temerlos; pasa muchas veces por insensible, siendo sólo valiente.

—¡Oh, padre mío!—dijo el joven con amargura—bien se alcanza que nada os inquieta, y que renunciando á los goces terrestres, habéis renunciado á las miserias de la humanidad: que os habéis aislado en vuestra regla religiosa como en un desierto, y que no disfrutando de la vida común, no podéis comprender sus dolores.

—¡Joven!—replicó dulcemente el franciscano—, ¿pensáis acaso que el apostolado es una misión de egoísmo y de dureza? ¿No hemos abrazado las miserias voluntarias para internarnos más por medio del espíritu en las miserias del hombre? ¡Infeliz el que comprende distintamente la misión del sacerdote, desgraciado el que convierte la autoridad evangélica en su poder temporal que beneficia en provecho de sus propias pasiones, en vez de emplearla en el bienestar y en el consuelo de todos! El apostolado no tiene otro objeto; y el que obra distintamente, desconoce los deberes de su ministerio. ¿Cuál debe en efecto ser nuestra vida? Estar siempre prontos á verter nuestra sangre por nuestros hermanos, á socorrerlos, á consolarlos en sus adversidades, á hacerles la vida más dulce procurándoles la esperanza de otra mejor. ¿Creéis, hijo mío, que el que renuncia á las delicias de su familia para consagrarse á la felicidad de la gran familia humana es un egoísta ó un cobarde? No, no, no lo creais, la abnegación es una virtud que viene de Dios, y sólo Dios da la fuerza para tenerla.

—¡Oh, padre mío!—replicó el joven—, ¡perdonadme: soy ingrato é injusto! ¡todo os lo debo y os ultrajo! el dolor me quita la razón. Vos sois una excepción sublime; pero, decidme—prosiguió con ese amargo escepticismo que dan á veces los grandes infortunios—, ¿en dónde están los descendientes de los apóstoles? En vano alrededor mío busco por toda España, en que hormiguean frailes, y no veo más que mendigos serviles ó cobardes opresores.

—Hijo mío—respondió el franciscano con voz severa—, sois demasiado joven y tenéis poca experiencia para juzgar de esa manera absoluta. Reconozco como vos los abusos de la Iglesia de España; todos los días lloro los males que ocasionan, y lucho contra ellos con todas mis fuerzas; pero cuando volviendo en mí me humillo á los pies del Eterno ofreciéndole mis combates, mis súplicas y mis lágrimas, me digo algunas veces con dolor, pero con resignación: Esto tal vez está en los designios de Dios.

—No, no, esto no puede ser—exclamó impetuosamente el joven—; Dios, grande y magnánimo, Dios, cuya esencia divina se compone de amor, ¿puede permitir que se oprima en su nombre á aquellos á quienes ha dado una alma inmortal que es una chispa de El mismo?

—Hijo mío—dijo el religioso bastante embarazado con esta pregunta, pero demasiado firme en su fe para querer profundizar los misterios que su razón no podía comprender—, hijo mío, hay una cosa muy cierta, y es que Dios ha creado el hombre para la felicidad, y que la felicidad está en la perfección. Nosotros tendemos incesantemente hacia este único objeto; tal vez sólo se alcanzará con el dolor, tal vez las generaciones

venideras tienen necesidad de la sangre y de las lágrimas de sus padres, como nosotros tuvimos necesidad de la sagre de Jesucristo, y tal vez también para los que padecen, Dios, que es el origen de la eterna justicia, tiene reservadas aún desde esta vida, recompensas incomprensibles. En los tiempos de persecución, el hombre siempre á la vista del martirio viviendo sólo para el día, se aficiona poco á las cosas de la tierra; se acostumbra á vivir del espíritu, y esta grande meditación de los pueblos produce á veces aquellas grandes enseñanzas que regeneran á las naciones. Acabemos, pues, de murmurar; luchemos con perseverancia; la sumisión voluntaria á los decretos de un Ser Todopoderoso, pero infinitamente bueno, trae consigo magnánimos consuelos. No se obedece á una fatalidad ciega, se obedece á un Ser inteligente y lleno de amor, que coloca siempre el bien al lado del mal, y muchas veces el bien en el mal mismo, por medio de combinaciones algunas veces obscuras para nuestras inteligencias limitadas; pero que, no lo dudéis, conducen siempre á un objeto marcado de antemano por su voluntad eterna.

(Continuará.)

Herejías y brujerías ó el baile de San Vito

En la accidentada historia de las pasiones, de los errores y de los absurdos humanos, tiene cada siglo su especial y genuína característica. Distínguese el XIII de nuestra Era, en el orden religioso, por el predominio de la *herejía*, y se distingue el XIV, por el desarrollo inconcebible de la *brujería*, que podríamos llamar su natural y legítima consecuencia.

Parecíale poco al hereje su alejamiento de la grey religiosa en que anteriormente comulgara; no bastaba á sus fines la modificación introducida en el campo de las ideas, ni la brecha abierta en el muro de las creencias; el proceso evolutivo llevaba fatalmente á algo más: era preciso que las nuevas se materializaran con actos de abierta oposición á las antiguas, que se odiara lo que antes se amó y que se divinizase el origen del mal. De aquí los llamados *pactos* con el diablo, cuya existencia da á conocer el famoso *Proceso de Tolosa*, relatando hechos ocurridos en 1353.

La serie de los de esta índole realizados es inacabable, llegando dichas aberraciones del espíritu á un grado tal, que la imaginación no los concibe, ni pudiera creerlos si datos fehacientes no lo confirmaran; tantos son en número y tan variados en su aspecto y naturaleza, que su conocimiento deja el ánimo suspenso y entristecido.

Entre lo más ilógico, extravagante é inverosímil, podemos referir lo ocurrido en las inmediaciones de Metz (Alemania), en 1374. Sacerdotes, señores, artesanos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos, en fin, sin distinción de clase, condición y edad, veíanse atacados de un poderoso estímulo al baile: lanzábanse á él con una intensidad y fuerza tan extraordinarias, que sólo terminaban cuando caían rendidos de cansancio. Con que á uno solo se le ocurriera bailar, los demás, como por mágico impulso, se dedicaban al mismo ejercicio.



Con que uno bailase, los demás se dedicaban al mismo ejercicio.

En Metz fueron más de 500 los que se vieron atacados de este *furor danzante*, que por los estragos que hizo se le llamó *mal* y unos le apellidaron de San Juan y otros de *San Vito*.

Como detalle digno de especial mención figura el de que los enfermos experimentaban repugnancia á los zapatos puntiagudos, que entonces solían usarse y, sobre todo, si eran de color rojo.

Propio de los tiempos y de los pueblos atrasados, como del individuo ignorante es atribuir al diablo una intervención activa en los actos de nuestra vida. La Edad Media está llena de ejemplos de esta naturaleza; y en el extraordinario caso que venimos relatando no había de faltar tan principal personaje. Atribuyósele la dirección de aquellos bailes y una participación muy interesada en los mismos.

El vulgo, siempre dispuesto á aceptar lo sobrenatural como cosa corriente y llana, lo admitió sin discusión, con lo que los prosélitos aumentaron.

Las mujeres, materia dispuesta por su propia debilidad, si ya no lo fueran por su ignorancia, á las mayores exaltaciones, sobreexcitadas por el activo ejercicio y más alocadas por su febril imaginación, daban otro rumbo á sus espasmos: la lascivia, apoderándose de su flaca naturaleza, las hacía cometer los mayores desórdenes y entregarse al primer hombre, fuera ó no conocido, requiriéralas ó no, era el término inevitable de aquella excitación.

Felizmente, un sabio rigor en la aplicación de los castigos y una inteligente persecución de estos hechos, fueron haciéndoles cada vez menos frecuentes, hasta llegar á extinguirlos, los cuales no limitaron su campo de acción al punto arriba mencionado, sino que se extendieron y desarrollaron también en la Lorena y en los Países Bajos.

Esta aberración de ideas y de los sentidos concluyó en romerías y peregrinaciones á ermitas y monasterios.

Doña Perfecta de la Perfección Perfectísima.

MUSEO DE HORRORES

Criminal emparedado.

Emparedar á un hombre ante la multitud en el siglo xx parecerá tal vez fantasía reporteril. Sin embargo, el hecho es rigurosamente cierto, según comunica á los periódicos europeos la agencia telegráfica Central News, de cuya seriedad nadie puede dudar.

El hecho ha ocurrido estos días en Tánger, siendo víctima de tan horrendo suplicio un zapatero remendón llamado Mesfiwi.

Dicho individuo había asesinado á treinta mujeres, por diversos procedimientos y dando pruebas de los instintos más sanguinarios. Recluído en la cárcel cuando sus crímenes fueron descubiertos, se le sometió á toda clase de torturas para que confesase la verdad; pero se resistió tenazmente, hasta que á fuerza de latigazos cantó de plano.

En un principio se decidió cortarle públicamente la cabeza; mas los jueces, deseando hacer ejemplar castigo, dieron orden de que fuese emparedado vivo.



El día que había de cumplirse la fatal sentencia, las calles de Tánger presentaban el aspecto de las grandes fiestas. Atado de manos y conducido con una soga al cuello fué llevado al Zoco, donde el populacho rodeó al criminal y á los albañiles encargados de cumplir el fallo de ley tan bárbara.

La masa de curiosos daba excelentes pruebas de satisfacción, burlándose con gritos, gestos y piruetas del reo, quien temblando de miedo en el centro donde los albañiles trabajaban, imploraba gracia á grandes voces.

En un momento las paredes que rodeaban al infeliz fueron elevándose, á la par que los insultos de la gente y los horrísonos gritos del delincuente llenaban el espacio.

Las paredes subían y cuando ya sólo se destacaba la cabeza por un refinamiento de crueldad, los albañiles descansaron, mientras la plebe, haciéndole muecas, dirigiéndole los mayores insultos y diciendo al condenado la muerte que le esperaba, alargó el suplicio del zapatero.

Pasó una hora y, por fin, entre los desgarradores sollozos del zapatero, quien pedía á grandes voces lo matasen, las paredes se cerraron completamente en su derredor, quedando la sentencia cumplida.

La multitud, por un refinamiento de crueldad, no se alejó del lugar expiatorio, regocijándose con los gritos de angustia del encerrado vivo, gritos que se percibieron incesantemente los dos primeros días. Al tercero sólo se oyeron á grandes intervalos, quejumbrosos y casi imperceptibles, demostrando estaba el criminal en el período agónico.

Por último, cesaron al cuarto. La fatal sentencia se había cumplido y la multitud se alejó silenciosamente.

Los lynchamientos.

El pueblo yanqui, que blasona de humanitarismo y de ser la vanguardia de la civilización, no ceja en sus crueldades respecto á lo que él llama la *ley de los lynchamientos*. Ya no se conforman con arrojarse sobre los agentes de la autoridad que conducen á la cárcel á algún desgraciado que acaba de cometer un crimen, para arrebatárselo y tomarse la justicia por su mano, dándole muerte de la manera más cruel que inventan, aplicándole horrorosos tormentos, hasta el descuartizamiento y la hoguera; ahora es más: aun ya encerrados esos criminales en lóbregos calabozos, el pueblo en masa avanza hacia la cárcel y en confuso tropel lánzase sobre sus puertas, arrolla la guardia y, penetrando, saca de los calabozos á los criminales que busca, los que son objeto de los suplicios más horrendos que pueden imaginarse, hasta que exhalan el último suspiro.



Esta manifestación de la justicia popular es característica de los Estados Unidos y continúa á la orden del día.

Recientemente y en el Estado de Missouri dos negros fueron llevados á la cárcel, acusados de haber violentado á una mujer blanca. Cuando la gente tuvo conocimiento del hecho, asaltó la prisión donde estaban encerrados, sacándolos y juzgándolos ante un tribunal improvisado, que los condenó á la pena que el lector podrá apreciar en nuestro grabado, fiel reproducción de una auténtica fotografía.

Antonio Pérez en el tormento.

Pocas historias existen tan instructivas como la del famoso político español Antonio Pérez, secretario universal de Felipe II, y si hemos de creer á cuantos de este asunto tratan, víctima de la pasión de los celos ó de la perfidia y mala fe de su soberano.

Quizá algún día concedamos al relato de las persecuciones de que fué objeto el espacio que su importancia merece; por hoy, y á título sólo de curioso documento, presentamos á nuestros lectores la copia de la narración literal del tormento á que dicho personaje fué sometido, según aparece en el proceso que se le siguió.

Ante su rotunda y repetida negativa á declararse culpable, fué conminado con la tortura. Retirado el juez Vázquez, dejó al acusado, puesta una cadena y un par de grillos á los pies, con el escribano Antonio Martínez y el verdugo Diego Ruiz, y por ellos fué sometido á tan terrible prueba, conforme se expresa á continuación:

«Al mismo instante le replicaron dichos jueces que, persistiendo en todas sus fuerzas y vigor los indicios, le mandaban poner á cuestión de tormento, y si él muriese ó lesión de algún miembro le sucediese, fué por su culpa y cargo; y dijo lo que dicho tiene, que se dolía del acto por estas dos cosas: la una por ser hidalgo, y la otra, por el daño y lesión que resultase en su persona, atento á estar tullido de las largas prisiones de once años.

»Los dos jueces le hicieron entonces quitar los grillos y la cadena, ordenándole que prestase juramento y declarase lo que se le prevenía; mas habiéndose negado á ello Pérez, el verdugo Diego Ruiz le quitó los vestidos, dejándole sólo los calzoncillos. Retiróse éste en seguida, y aquéllos le intimaron de nuevo diese cumplimiento á la orden del rey, conminándole con el tormento *por el cordel*, si así no lo hacía. Repitió de nuevo Pérez que se refería á lo que tenía dicho.

»En seguida, habiendo preparado la escalera y aparato del tormento, el verdugo Diego Ruiz cruzóle los brazos uno sobre otro y dióle una vuelta de cordel que le hizo arrojar agudos gritos diciendo: *¡Jesús! y que había de morir en el tormento y que no tenía qué decir, sino morir.* Lo que repitió varias veces, habiéndole llegado á dar cuatro vueltas al cordel; entonces los jueces repitieron su intimación de que declarase lo que se le había mandado, á lo que contestó con grandes gritos y exclamaciones:

»*No tengo nada que decir, y vive Dios que estoy manco de un brazo, como saben los médicos.* Y con grandes sollozos añadió: *Señor, por amor de Dios, que me mancan y que me han mancado la mano, por Dios vivo;* y luego dijo: *Señor Juan Gómez, cristiano es, hermano, y por amor de Dios, que me matas, que no tengo de decir más.*

»Los jueces le contestaron que hiciese las declaraciones ordenadas, y no hizo más que decir:

»*Hermano, que me matas. Señor Juan Gómez, por las llagas de Dios, acábenme de una vez; déjenme, que cuanto quisieren diré; por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí.*

»En seguida añadió que le quitasen de como estaba y que le diesen la ropa, que hablaría, lo cual dijo *teniendo ya ocho vueltas de cordel.*»

Así confesó ser el autor de la muerte de Escovedo.

Recetas.

Las manchas de grasa del papel se quitan frotando suavemente, después de haberlas humedecido con unos polvos compuestos de alumbre quemado y flor de azufre en partes iguales.

***

Se hace goma líquida muy buena disolviendo unos 15 gramos de bórax en un cuarto de litro de agua hirviendo, á la que se añade 30 gramos de goma laca, dejándola toda cocer en una vasija bien tapada, hasta que la goma se disuelva. Esta goma es muy económica.

***

Para aliviar el escozor en los primeros momentos de las quemaduras, póngase sobre ellas bicarbonato de sosa en polvo.

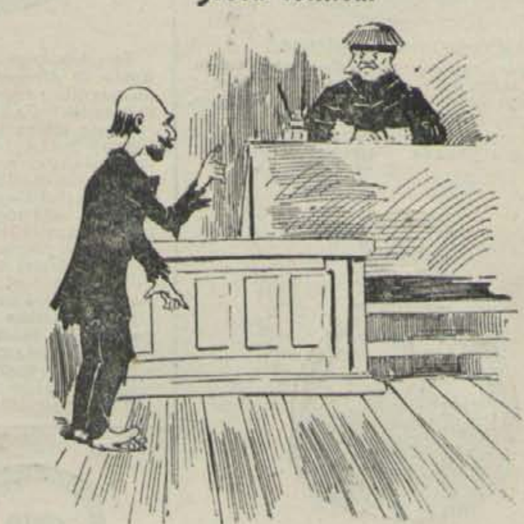
Aclaración á nuestro concurso
del número anterior.

Observando las muchísimas soluciones que hasta la fecha hemos recibido á nuestro concurso inserto en el número anterior, nos vemos en la precisión de hacer varias aclaraciones.

Advertimos que el número encerrado en el sobre *es un número entero, sin parte fraccionaria ninguna;* así, pues, y para que no se molesten los suscriptores que los han enviado en esta forma, les hacemos saber que al número por ellos enviado le hemos suprimido la fracción y le queda la parte entera. Así, un señor que nos envía el número 1 1/2, queda con el 1; otro que nos envía el 7 5/8, queda con el 7, y así sucesivamente.

Advertimos también que cada suscriptor no debe enviar más que un solo número, pues de enviar alguno más, no le servirá ninguno.

Nota cómica.



—Verdad es, señor presidente, que he asesinado á toda mi familia; pero compadézcase de este pobre huérfano.

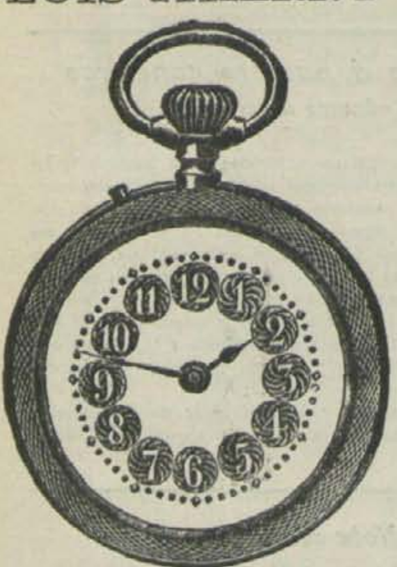
Aviso.

Rogamos á los señores suscriptores de la clase de paisanos, que para los pagos se entiendan directamente con esta Administración y que están en descubierto en el pago del segundo semestre del año actual, lo verifiquen antes del 30, pues de lo contrario, nos veremos en la necesidad de retirarles el envío del periódico.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

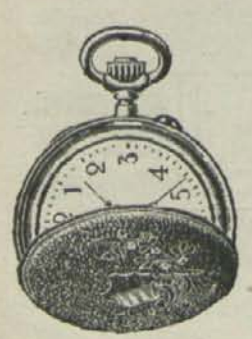
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante) .. **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**.

Verdadera *imitación del reloj de oro*, ídem en plata, **28 pesetas**. Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas**.

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas**. Idem extraplano, **25 pesetas**. 1.ª clase extra, **30 ptas**.

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

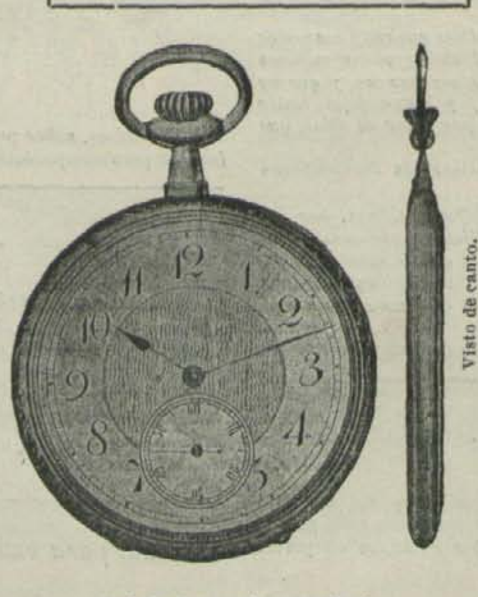


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.

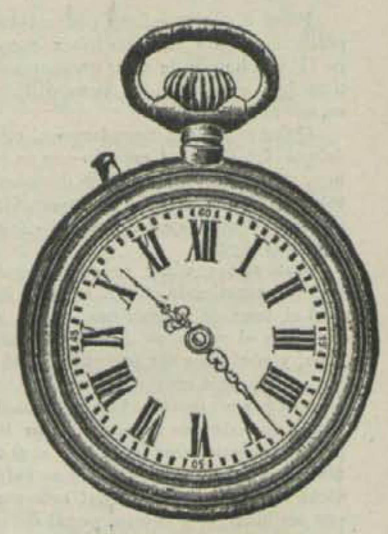
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas**. Caja de plata, rica ornamentación, **45 pesetas**, Idem doble tapa, **62 ptas**.

En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado.......... ...... **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano)..... **25** —
Idem en plata... ... . **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316